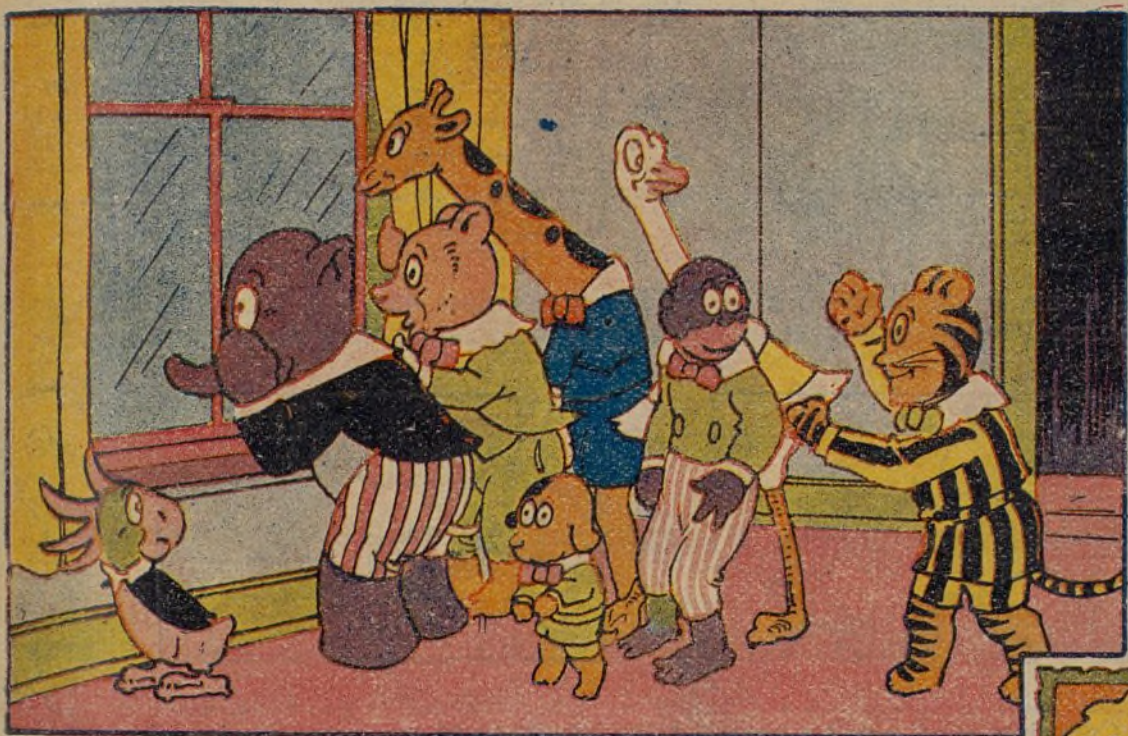
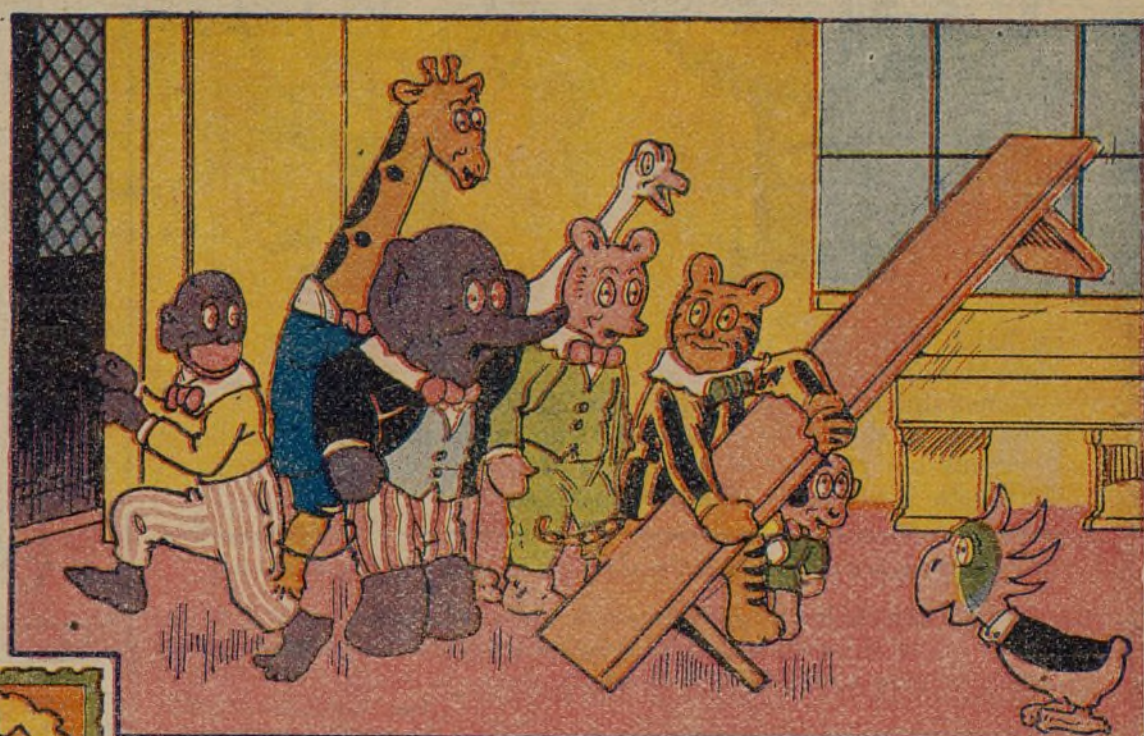


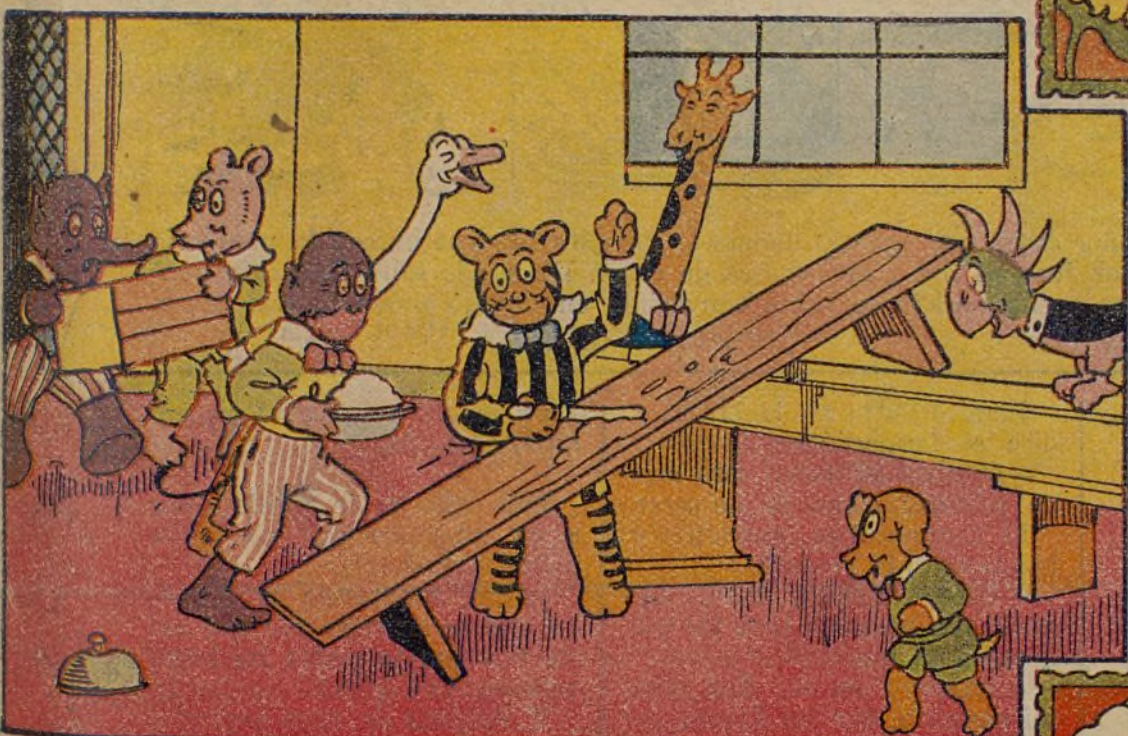
EL TOBOGAN DE CATAPLÍN



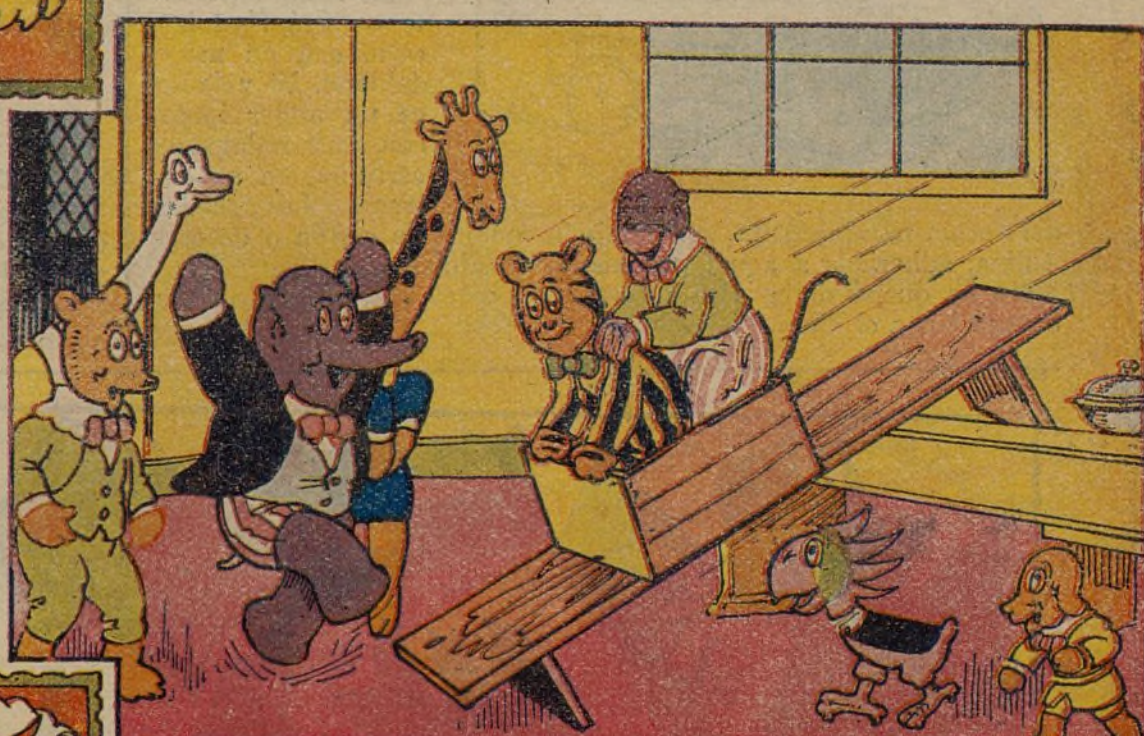
Como aquel día llovía a mares doña Genoveva había dicho a sus discípulos que no podían salir al patio y que si querían jugar que jugaran dentro.



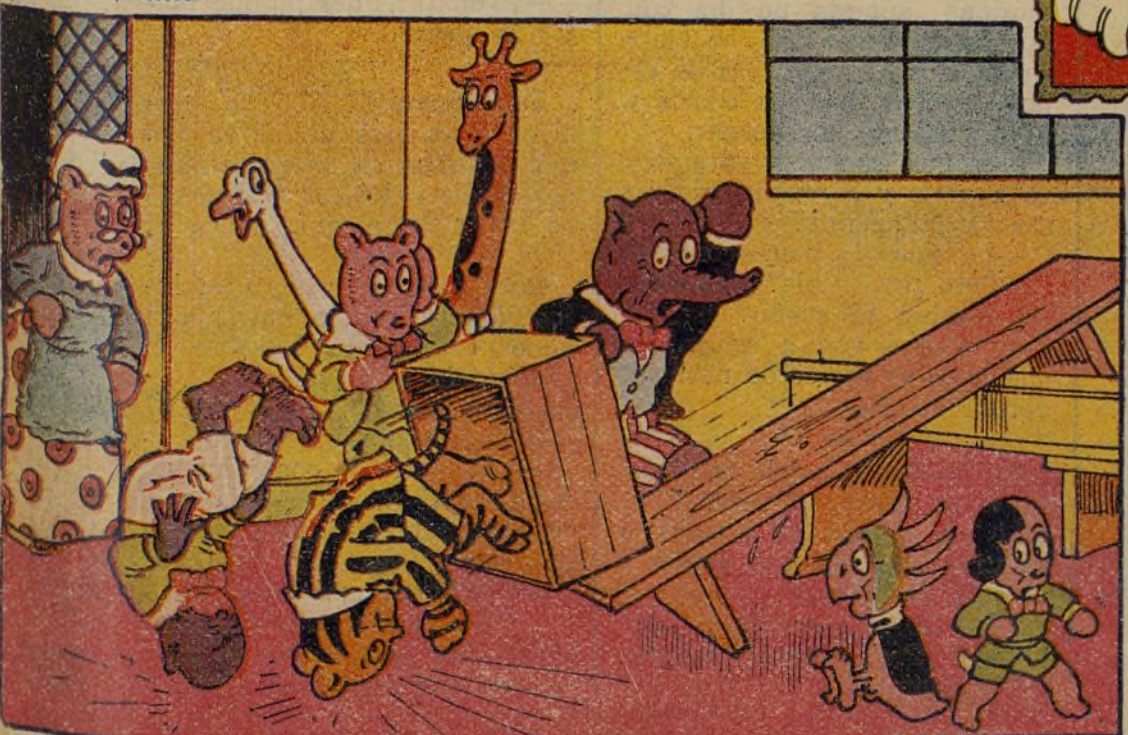
Menos mal que Cataplín tuvo una gran idea la de hacer un tobogán estupendo. —“Tú, Monosabio—ordenó—vete a buscar la manteca. Tú verás cómo nos divertimos.”



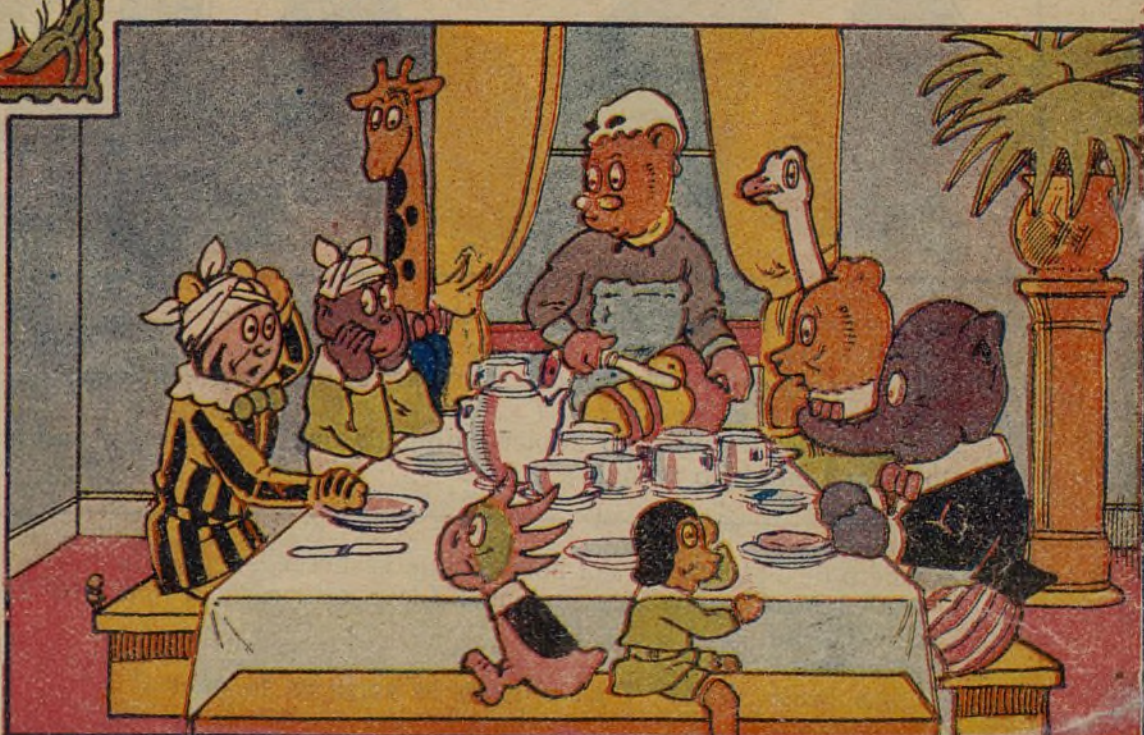
En cuanto estuvo el banco convenientemente colocado entre el suelo y un pupitre, sin pararse en barras, lo untó “pródigamente” con manteca. Entre tanto, Elefantito y Perrogordo “se agenciaban” una caja de azúcar, vacía.



Los primeros en disfrutar del tobogán fueron Cataplín y Monosabio. —“¡Ahora vo! ¡Ahora yo!”—gritaban todos. Girafelina gritaba entusiasmada. —“¡Y ole! ¡Vaya manteca!”



¡Pin! ¡Pan! ¡Cataplín! La caja de azúcar da media vuelta y Cataplín y Monosabio caen de cabeza y ven todas las estrellitas del cielo. Doña Genoveva acude. —“¿Qué es esto? ¡Tunantes! ¡Ladrones!”



Y, después de vendar a Cataplín y Monosabio, los sienta a todos a la mesa a tomar el té. —“¡Conque!—grita—. Y ahora tomaréis el pan seco durante cuatro meses!” Y todos piensan que Cataplín no inventa nada que saiga ni medio bien. ¡Maldita sea!...



CAPERUCITA

Madrid 9 Marzo 1924

Año I. — Número 3.

REGALOS DE CAPERUCITA

Cumpliendo nuestra promesa, insertamos en la última página del presente ejemplar un número para el sorteo de nuestro regalo, consistente en



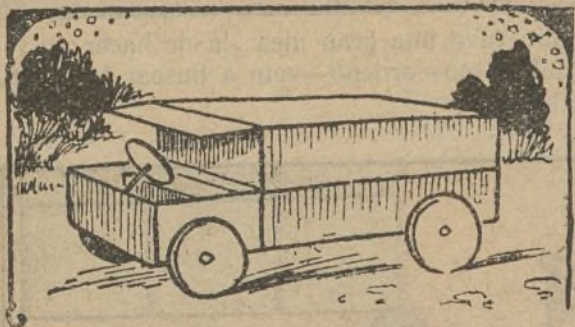
un balón, si es niño, o muñeca, si es niña, correspondiente al próximo domingo.

Semanalmente se repetirá esta rifa.

Ahora, la suerte de cada uno tiene la palabra. Será condición indispensable publicar el nombre y domicilio del lector favorecido. Hasta el próximo. **Caperucita.**

¿QUIEREN CONSTRUIR UN AUTOCAMION?

Tomad dos cajas de cerillas de a cinco céntimos, vacías, y pegadlas entre sí como indica el dibujo. Avanzad un poco en la de abajo, la caja propiamente dicha, es decir, la parte que contiene



las cerillas—cuando la cajilla está llena—y así tendréis formado el pescante del "chauffeur".

El asiento de éste os será fácil hacerlo con un naibe doblado. El volante es un alfiler largo, con una rodaja de cartulina en su extremo. Las ruedas

del coche, naturalmente, son también rodajas de cartón o de cartulina, adheridas a aquél por medio de alfileres.

No os quepa duda. Ese auto-camión es el más barato que se conoce hasta el día.



Recortad esos trozos negros y amoldadlos de manera que, en medio, quede dibujado—en blanco—un animal muy conocido y muy gracioso. Para mayor facilidad sabed que las líneas dobles son las exteriores del cuadro negro, en cuyo centro ha de aparecer el animal misterioso.

Si no acertáis, en el próximo número, diremos qué animal es, y hasta puede que os lo demos dibujado y todo.

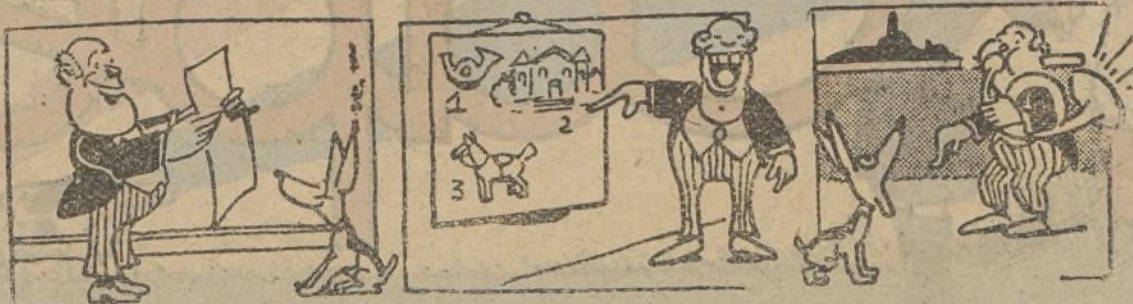
Un caballero dice al botones del hotel donde se hospeda:

—¡A ver! ¡Corre! ¡Es muy urgente! Lleva esta carta a don José Morales, calle Claudio Coello.

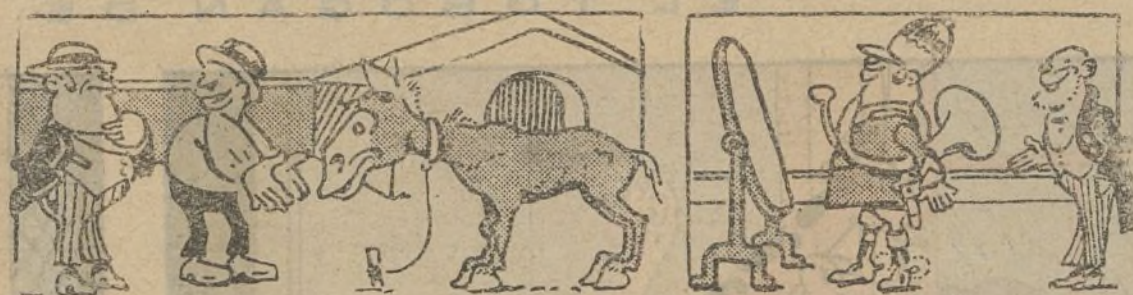
—¿Y el número?

—¡No seas bruto, hombre! El número lo verás en la puerta.

EL SUEÑO DORADO DE CAPUCHIN



A Capuchín le tocó la lotería y se dispuso a realizar su sueño dorado. Que eran una trompa de caza, un caballo y una casita de campo. Primero adquirió la



trompa y la casita, y por último... El magnífico pura sangre que veis... un pura sangre de burro. Para completar el equipo se mandó hacer un traje de cazador.



Y una mañana salió al campo en compañía de un fotógrafo. Al decir éste: —¡Quietos! Capuchín salió por las orejas de la caballería. Y vino a caer sobre el



cerdo del señor Juan, que por allí andaba... Pero los puercos buscan la porquería y el del señor Juan se tiró a una charca de cieno. De donde salió Capuchín pensando que su sueño dorado se había convertido en dorado oscuro... casi negro. (De «L'Epatant.»)

Juanito entra en la botica y dice al farmacéutico:

—Que me dé usted otra caja de píldoras como la de ayer.

El farmacéutico, sonriente y bondadoso, le pregunta:

—Bien, Juanito, bien. ¿Y qué? ¿Le sentaron bien las píldoras a tu madre?

—¡Ah, yo no sé! Son para mi escopeta, que las dispara estupendamente bien.

Este mismo Juanito, que sabe por siete y es más listo que Cardona, apuesta un día con un amigo suyo un brillante Amadeo, a que es capaz de estarse treinta días sin comer y treinta noches sin dormir.

Pasa una semana y su amigo va a verle y a preguntarle cómo va la apuesta.

—La mar de bien—contesta.

—Pero ¿es posible? ¿No sientes hambre ni sueño?

—Yo qué voy a sentir. Lo que hago es comer de noche y dormir de día.

La madre: (dándole una tunda a su hijo).—¡Toma! ¡Toma! ¡A ver si te atreves a amarrar otra vez una sartén a la cola del perro!

El niño.—(Berreando.) ¡Ay, ay, ay! ¡Pero si no era nuestro perro, mamá!

La madre. — ¡No! Pero era nuestra sartén.

Esto sólo se le puede decir a un amiguito que no tenga malas pulgas.

—Oye, monín—se le dice—, ¿a que no aciertas por qué cada vez que te pones las botas cometes una pifia?

Y después de unos segundos en que el amigo haya puesto una cara de tonto graciosísima, sin saber qué contestar, se le "suelta" esta "finura":

—¡Toma! ¡Pues porque metes la pata!

Don Samuel llevó la otra tarde a su casa un barómetro que acababa de comprar. Como sabéis todos, un barómetro es un aparato que indica el tiempo que hace.

Pues bien, en cuanto su hijo Paquito le vió entrar con aquel chisme, cayó sobre él acosándole a preguntas.

—Oye, papá, ¿qué es esto?

—Esto es un barómetro...

—¡Ah, sí!—y con aire de suficiencia, añade:—Ya me ha explicado el maestro para lo que sirve.

—Vaya, eso está bien.

—Pero, dime, papá, ¿hacia dónde hay que mover la aguja para que haga buen tiempo?





El príncipe Camaralzamán tenía casi cubierto el rostro con las ropas de la cama. Memune levantó ésta un poco y vió el rostro más hermoso de la tierra. —¡Qué prodigio de belleza!—exclamó—. Qué falta puede haber cometido para que le traten de esta ma-



nera tan indigna de su alto rango! Después de besarle en ambas mejillas, Memune se echó a volar por los aires. Ya se encontraba a una gran altura cuando le extrañó oír un fuerte ruido de alas. A poco, descubrió que este ruido lo producía un genio del mal,



es decir, un genio rebelde a Dios. El genio, que se llamaba Danach, y que era hijo de Chamurach, reconoció a su vez al hada Memune, y sintió un terror pánico. Y era que sabía que ella era muy superior a él, dada su sumisión a Dios. Estaban tan cer-



ca la una del otro, que el genio no pudo huir. El genio del mal le rogó que no le hiciese daño y que, en cambio, le contaría algo muy bello de que se había enterado durante su vuelo de la última noche. Accedió el hada, y el genio empezó su historia: —Has de saber que vengo de la China,



cuyo rey Gaiur posee una hija de una belleza celestial. Su belleza es tan maravillosa que su padre sólo piensa en hacerla inaccesible a los ojos de los hombres, excepto a los de aquel que vaya a ser su marido. Para lo cual ha mandado construir siete palacios como otros iguales no se han visto en el mun-



do. Atraídos por la fama de la belleza incomparable de la princesa, los reyes de los países vecinos enviaron solemnes embajadas a Gaiur en demanda de la mano de la princesa para sus respectivos hijos. Pero Gaiur les contestaba que su hija sólo se casaría con el elegido de su corazón y que la princesa aún no



había elegido a ningún doncel. Por fin, vino una embajada en nombre de un rey más poderoso y más rico que todos los demás, y entonces Gaiur suplicó a la princesa que aceptase como esposo al hijo de aquél. Pero la princesa, encolerizada, le respondió: —Si insistís en casarme, me hundiré un puñal en



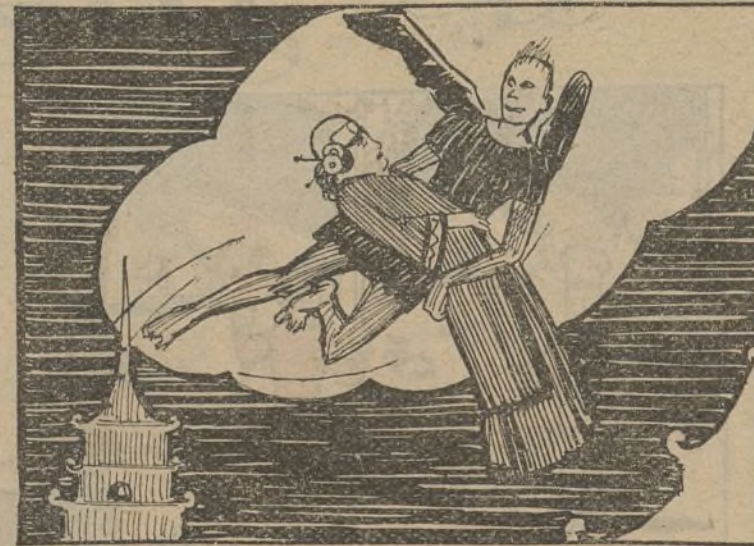
el pecho—. El rey quiso castigar su desvergüenza y la encerró en una de las habitaciones de su palacio, sin más servidumbre para servirla que diez viejas, de las cuales una era su nodriza. La princesa aceptó satisfecha el castigo con tal de no contraer matrimonio. Gaiur envió mensajeros a los reyes vecinos,



comunicándoles que su hija se había vuelto loca—de lo que él, en verdad, estaba convencido—y suplicándoles le enviasen a los mejores médicos de su reino, comprometiéndose a dar la mano de su hija al médico que acertase a curarla—. Aquí terminó su relato el genio Danach. El hada Memune le respon-



dió que la princesa de China no podía ser una criatura tan bella como el príncipe que ella acababa de ver. Después de discutir un buen rato, decidieron que Danach fuese en un vuelo por la princesa y la llevase a la torre en donde se hallaba el príncipe, para comparar de cerca la hermosura de ambos. Danach



se alejó del hada, se fué a China y, a poco, con una rapidez increíble, se presentó en la torre con la princesa dormida en los brazos. Mimune le recibió y le condujo a la cámara del príncipe Camaralzamán. Danach depositó en el lecho a la princesa, junto al príncipe. Cuando el príncipe y la princesa estuvieron



la una al lado del otro, se reanudó la disputa entre el genio y el hada, sobre la belleza superior de la princesa o del príncipe. —¡Ella es más bella!—repetía Danach. —¡El es más hermoso! ¡bastante más hermoso!—contestaba Memune, poniendo en sus palabras acentos de firmeza. **(Continuará.)**

EL GACHO DEL ARPA



Nuestros pequeños artistas sufrieron horriblemente cuando vieron a Wun-Chin-Chin saltando sobre su violoncello, con propósito de impedirles dar su función acostumbrada. Y no satisfecho con su mala



faena, se puso a dar su función de ilusionismo en el mismísimo lugar en que nuestros pequeños artistas acostumbraban a trabajar. "¡No aguento más!"—dijo Riquín y en cuanto Wun-Chin-Chin se recostó



en la valla para echar un sueñecito, nuestro héroe se puso a hacer con la cola del chino lo que veis en el dibujo. "¡Acudid, señoras y caballeros!"—gritó Riquín—. "¡Yo soy también ilusionista!" De una

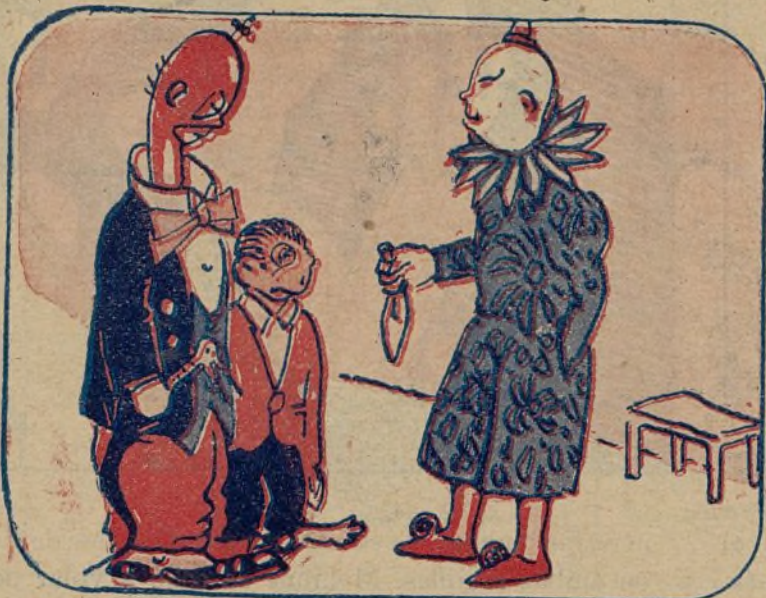


cola de chino indecente hago un arpa soberbia! Bueno! No hay que decir que los pequeños artistas se "hincharon" de ganar dinero.



La tripulación del "Tarari" estaba jugando al "foot-ball" pero Caritos, para descansar, se fué a sentar un ratito en el columpio. Y una vez en él, suplicó

MONIGOTE Y EL VEJIGA



La "troupe" amestrada de Capuchín no hacía más que molestar a éste para que les llenara sus vejigas y pasar un rato de broma. Pero el clown estaba cansadísimo. Se había estado todo el día viendo trabajar a sus compañeros. "No, amigos míos—



dijo a sus animales—. Me estoy cayendo de sueño. Voy a echar una siestecita." Apenas se sentó en el banco, los de su "troupe" se asomaron a la ventanilla a ver qué hacía. Y entonces, Monigote tuvo una gran idea. Puso su vejiga en los labios de Capuchín

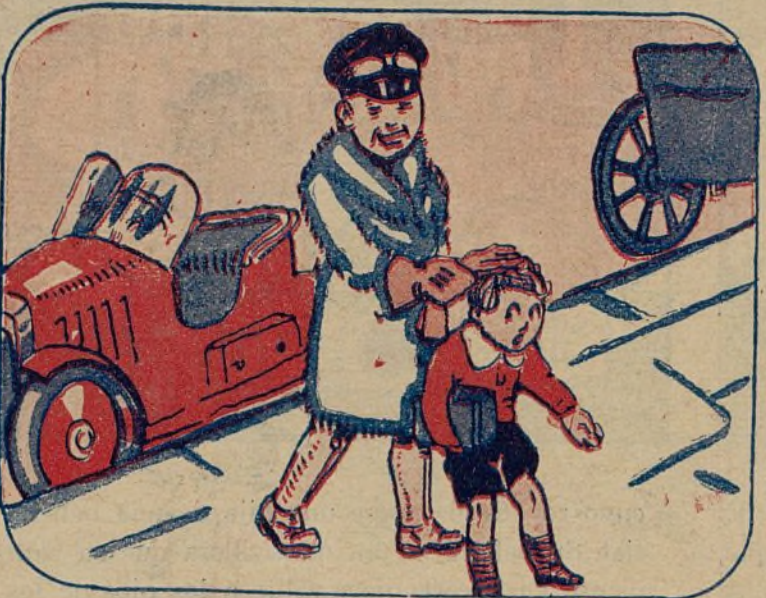


naturalmente, con la respiración del clown, aquél empezó a inflarse e inflarse que daba gusto. Monigote, no se dio por satisfecho ni siquiera cuando vio la vejiga más gorda que Fatty, y... "¡Pum!" Estalló la vejiga y los compañeros de Monigote empe-

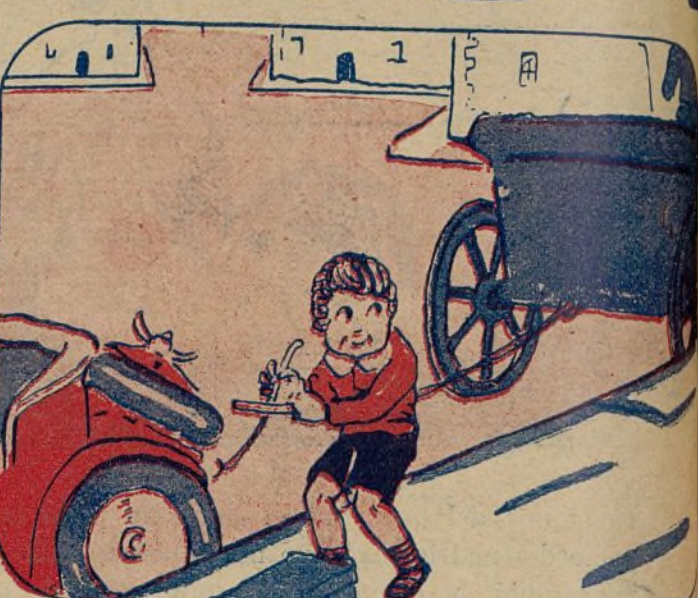


zaron a soltar una de carcajadas que se oían en Chiniguagua. Capuchín se despertó gritando: "¡Socorro! ¡Que ha estallado la tierra! ¡Que se acaba el mundo!"

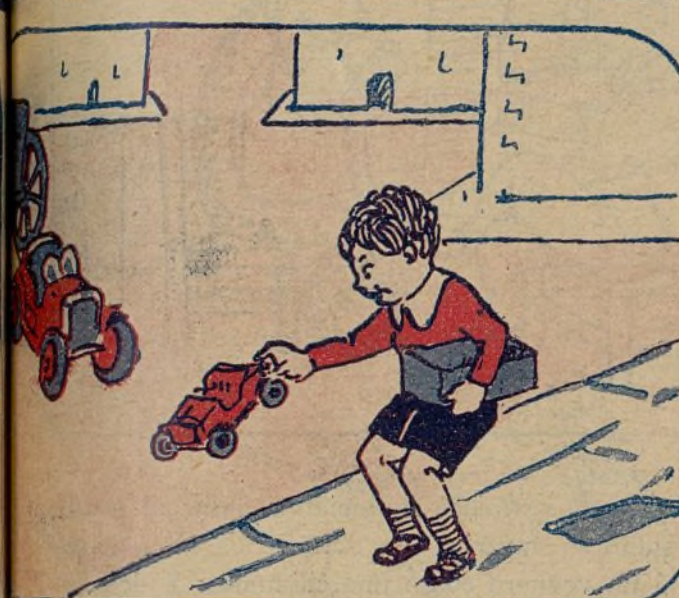
EL AUTO ENCOGIDO



"¡Quitate de aquí!"—dijo el "chauffeur" a Pepito, dándole con los guantes en la cabeza. Y Pepito, para vengarse, en cuanto se fué el "chauffeur" amarró el



auto a un carro que estaba parado allí junto. Eché a andar el carro, llevándose tras de sí el automóvil. Entonces Pepito puso en su lugar un auto de juguete

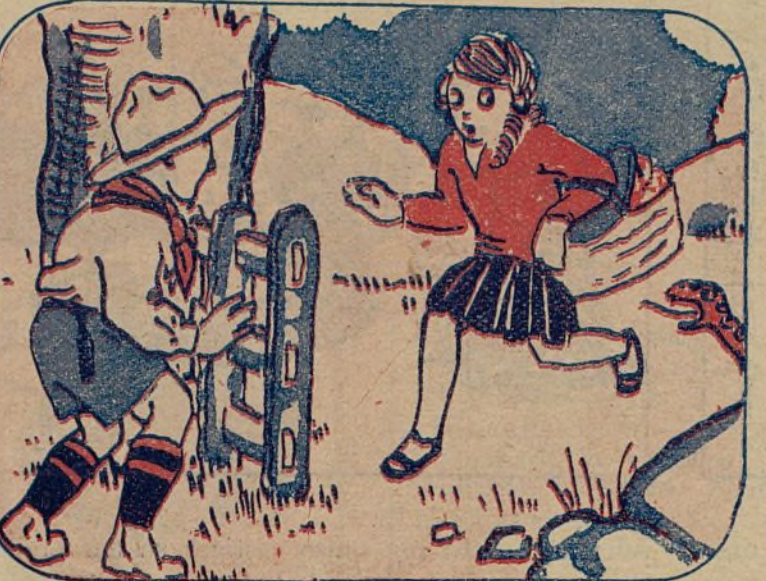


que le habían regalado. Y cuando volvió el "chauffeur" y vió a lo que había quedado reducido el auto, no sabía cómo explicarse el fenómeno. En



fin, se tranquilizó, pensando "Esto es que se me ha encogido de frío."

¡PUES ME HAN JOROBADO!



La otra tarde, Rosita llegó corriendo donde estaba su hermano Rafael. "¡Una serpiente! ¡Una ser-



piente", gritaba. Antes de que llegara la serpiente, Rafaelito trajo dos calabazas y puso una a cada lado



del portillo. Se comió una la serpiente y avanzó bajo el último listón del portillo, en busca de la otra



Y amigo mío en cuanto se comió la otra, se dio cuenta de que la habían jorobado y la habían pillado de una vez para siempre.

Bizcocho y el columpio



a "Cornelia", la cabra de a bordo, que le diera unas topaditas a ver qué pasaba. Y pasó que en aquel



momento venía Chin-Chon el cocinero chino, con el bizcocho del capitán... que se convirtió en un bób-



por el aire. Camarón, el simpático marinero, seguía jugando al "foot-ball", confundido con el



balón el bizcocho, y... "¡Ahí va eso!"—exclamó, arreándole una patada formidable. No hay que decir que el bóbolo se deshizo en una nebulosa... Y que

LOS ENANITOS EN EL PAÍS DE LOS ANTROPÓFAGOS



Los enanitos tuvieron la mala idea de irse a las islas de la Antropofagia a estudiar las costumbres de los antropófagos. Y, claro, en cuanto éstos los vieron se dispusieron a cazarlos para hacer una gran cazuela de enanos con patatas. Y comían que se las



pelaban, hasta que se encontraron con una persona un poco desagradable llamada don León. Menos mal que los antropófagos, al ver a don León, giraron sobre sus talones y... ¡a casita, que es tarde! Pero mientras don León resolvía cómo estaría mejor



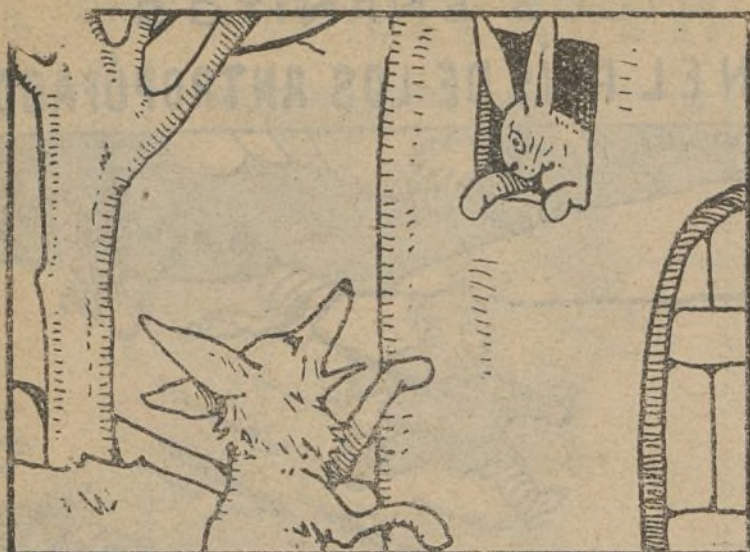
la carne de enano, si en picadillo o en salsa tártara, los tres exploradores resolvieron, sin pensarlo apenas, hacerse una valla con las lanzas que les habían tirado los antropófagos. Y cuando don León resolvió engullírselos en picadillo, se encontró con que ya



era un poco tarde. El ingenio había vencido otra vez a la fuerza. Mientras cada enanito pensaba para sus adentros: "¿Conque leoncitos a mí?"



cundo acudió el capitán, se encontró con que su gente estaba dando fin, muy satisfecha, del querido bizcocho de su alma.



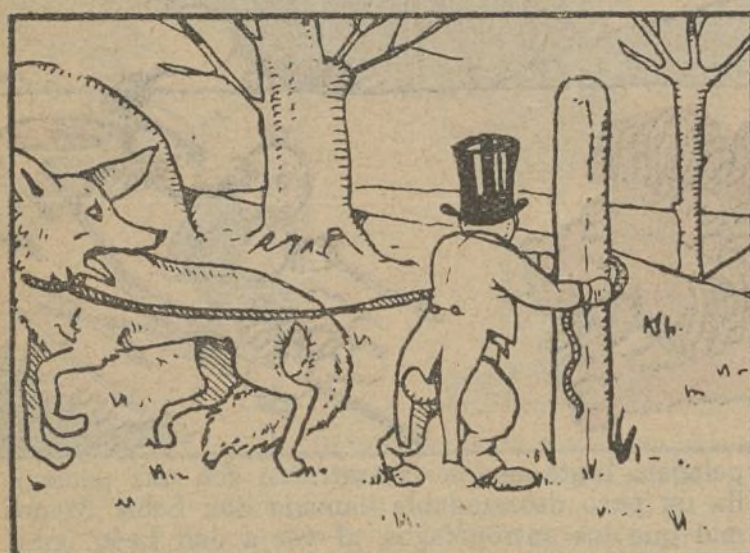
—Pues ya te digo... Estoy muy malo y no puedo andar. Como no me lleves tú auestas, hermana Zorra—respondió el hermano Conejo. —Pues te llevaré—concluyó la Zorra—. Luego vendré a buscarte. Se fué la Zorra y el hermano Conejo se encerró en



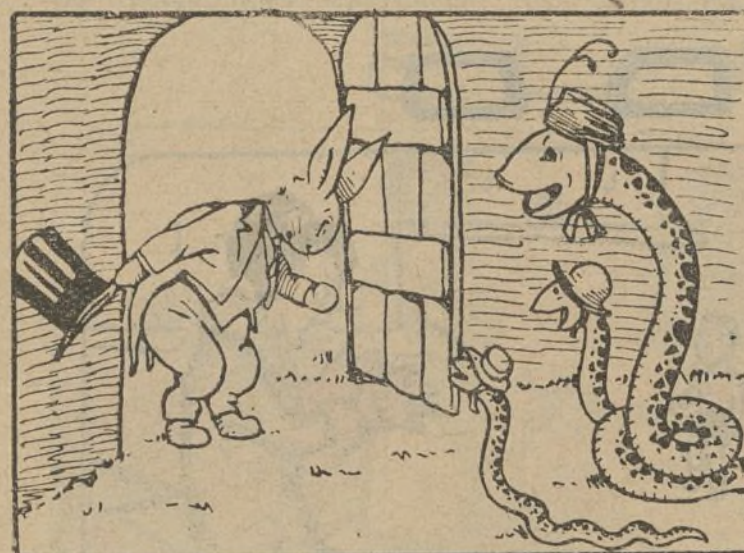
su cuarto a hacerse la *toilette*. Bien sabía don Conejo que doña Zorra quería jugarle una mala partida. Pero él se hizo el tonto y cuando volvió su enemiga subió a sus lomos, y la arreó: —¡Juí, mi caballo!— Y caballo y caballero volaron a casa de



doña Genoveva. Doña Zorra, en su carrera, no se fijó en la maniobra de don Conejo, quien se sacó una cuerda del bolsillo del pantalón y la enlazó al cuello de su *caballo*. A don Conejo se le caía la baba de gusto pensando en lo bien que le iba saliendo to-



do. Doña Genoveva y sus hijas los esperaban a la puerta de su casa. Pero poco antes de llegar a ella, don Conejo dió un salto, y, en un segundo, amarró el otro cabo de la cuerda al poste que servía para amarrar los caballos. Y mientras doña Zorra se mor-



día la cola de rabia... don Conejo, contoneándose, se dirigió a la casa y, al llegar a la puerta, se quitó la chistera y dobló el espinazo ante sus amigas. —Muy buenas tardes—saludó—. Perdonadme si me he retrasado un poco. Este caballo mío se está poniendo



imposible—. Sus amigas le hicieron pasar al salón. Don Conejo se sentó y, con permiso de las señoras, encendió un veguero como una chimenea. Y después de echar una fumada: —Amigas mías—dijo—. Aseguré la otra tarde que la hermana Zorra había ser-



vido de caballo de silla a toda mi familia. Ved como tenía razón—. Terminada la fiesta, don Conejo volvió, más orgulloso que nunca, al sitio donde estaba amarrada doña Zorra, la cual no dijo esta boca es mía, y partió al trote, apretando los dientes de coraje. Don Conejo se daba cuenta de la rabia de su



cabalgadura, pero no le convenía darse por enterado. En cuanto doña Zorra se halló fuera del alcance de la vista de doña Genoveva y sus hijas, se puso a dar saltos y a hacer piruetas y cabriolas. A cada bote, don Conejo le hundía la espuelas en los ijares. —¡Caballo, caballo, son las moscas!—le gritaba—,



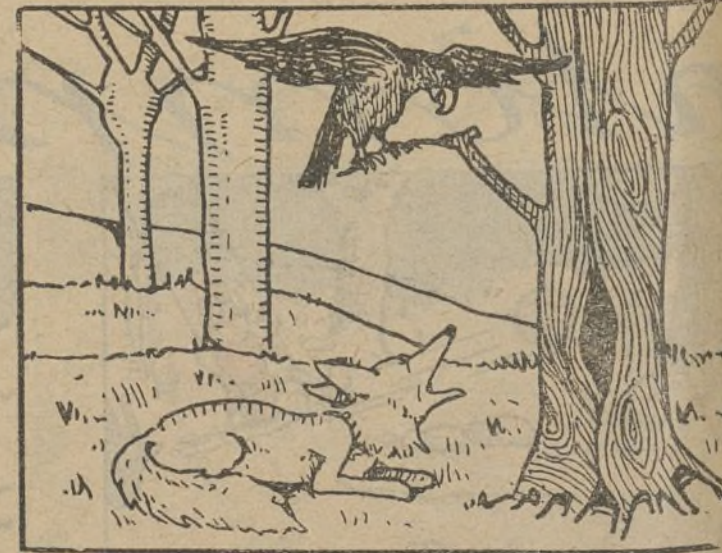
En vista del poco éxito de los saltos, doña Zorra empezó a revolcarse por tierra. Esto, la verdad sea dicha, molestó un poco al caballero. Sin embargo, antes que doña Zorra se volviese a poner a cuatro patas, ya estaba don Conejo corriendo hacia su casa más ligero que un rayo. Pero doña Zorra echó a co-



rrer tras él dispuesta a no dejarle escapar. Y empezó a ganarle tanto y tanto terreno, que don Conejo tuvo que refugiarse en el hueco de un árbol. Como el boquete era pequeño, doña Zorra se quedó con las ganas de entrar en él tras su burlón compañero. En vista de ello, doña Zorra se sentó al pie del árbol.



Tenía que poner un poco en orden sus ideas... Poco después, llegó el señor Halcón, batiendo ruidosamente sus alas. Al ver a doña Zorra tendida en el suelo se detuvo a ver qué pasaba. Doña Zorra no se movía. Entonces, el señor Halcón agitó sus alas, inclinó la cabeza y exclamó: —¡Pobre doña Zorra! ¡Se



ha muerto! ¡Qué pena!—. Al oír estas palabras, doña Zorra levantó la cabeza y le dijo: —¿Quién le ha dicho a usted que estoy muerta? Lo que pasa es que el hermano Conejo se ha metido en este boquete y yo no me levanto de aquí hasta que él salga. ¡Aunque tenga que esperar hasta Nochebuena!

Continuará.

EL CABALLERO LOBO



UY crudo era aquel invierno. La tierra estuvo cubierta de nieve durante algunas semanas. El caballero Lobo, a pesar de todos sus desvelos, no encontraba nada

que llevarse a la boca. Las gallinas no salían de su corral, ni los conejos de sus conejeras.

El caballero Lobo estaba desesperado. ¡Por vida del...! ¡Y había que inventar algo o resignarse a perecer de hambre! Además, la señora Loba y los dos chiquitines, Lobito y Lobitín, sufrían de hambre ante la despensa vacía.

Un día, después de buscar en vano algún alimento entre unos matorrales, preparábase el caballero Lobo a volver a su casa, con el rabo entre las piernas y el estómago vacío, cuando apareció a lo lejos el carrillo de dos pescaderos. —¡Bendito sea Dios! —exclamó el caballero Lobo—. ¡Bendito sea Dios, que me ofrece oportunidades como esta para que ni yo ni los míos perezamos de inanición! Se me ha ocurrido una

gran idea. Conque manos a la obra. No hay tiempo que perder.

De un salto se plantó en la carretera, y en medio de ella se tendió, patas arriba y los ojos cerrados; en fin, fingiéndose el más muerto de todos los difuntos.

Cuando llegaron los pescaderos, y vieron a aquel animal por tierra, lo creyeron muerto de frío.

—¡Oye, mira qué lobo! —dijo uno de ellos—. Seguramente se ha helado.

—¿Qué hacemos? —preguntó el otro.

—Yo creo que debemos cogerlo y echarlo en el carro. Algo nos darán por la piel.

—Tienes razón. Vamos allá.

Descendieron los pescaderos, cogieron al caballero Lobo por el cuello y las patas y lo echaron en el carro, entre las canastas de anguilas y salmónes. A decir verdad, el choque fué un poco más doloroso que era menester, pero el caballero Lobo se guardó muy mucho de decir esta boca es mía.

Apenas había echado a andar el carro cuando el caballero Lobo abrió los ojos.

¡Al alcance de sus hocicos brillaban unas anguilas soberbias! Muy diligente, empezó a comer y a comer hasta ponerse el vientre como un globo cautivo. Después, eligió las seis mejores que quedaban para llevárselas a los suyos.

Y como no era cosa de perder el tiempo, saltó del carro y gritó a los pescaderos:

—¡Vaya anguilas las que se traen ustedes! ¡Magníficas! ¡Deliciosas! ¡Ah!

En cuanto a mi piel... no cuenten ustedes con ella... por lo menos mientras haga frío. ¡Hasta la vista!

Y echó a correr como una centella. Los pescaderos—¡figúrense ustedes!—quedáronse estupefactos.

Al llegar a su casa, el caballero Lobo fué acogido con radiantes aclamaciones de entusiasmo.

La señora de Lobo encendió un magnífico fuego, cortó las anguilas en pedazos, ensartó éstos en una varilla y las asó con el esmero y cuidado de quien no se acuerda de la última vez que realizó una operación semejante. Lobito y Lobitín, sentados junto a la chimenea, no quitaban ojos de la sarta de anguilas.

Cuando éstas estuvieron bien asadas, toda la familia se sentó a la mesa loca de contento.

Pero... a la mitad de la comida alguien llamó a la puerta.

—¡Tae! ¡Tae!

—¿Quién es? —preguntó el caballero Lobo.

Era la señora Zorra, que no había comido desde... no sabía cuándo, y a quien había atraído el olor delicioso de las anguilas asadas. Se había propuesto participar de la sabrosa comida de grado o por fuerza.

—¡Tae! ¡Tae!

—¡Y vuelta! ¿Quién es? —repitió el caballero Lobo, un poco mohino.

—Soy yo, la señora Zorra, tu comadre. ¿No me conoces por la voz?

—No. De verdad. Te había confundido con el señor Chacal, que ha jurado darme un disgusto.

—Pues te aseguro que soy la señora Zorra. Abre.

—Te abriré, sí; pero pasa la gaita por la gatera... Tengo que convencerme.

Mientras la señora Zorra pasaba la cabeza por la gatera, el caballero Lobo cogió un puchero de agua hirviendo, se subió sobre una silla y se colocó junto a la puerta.

Y en el propio instante en que apareció la cabeza de la señora Zorra a través del boquete de la puerta, el traidor del caballero Lobo vació cobardemente el contenido del puchero.

La señora Zorra lanzó un grito de dolor, tan penetrante que hizo estremecer de espanto a todos los corderos de cien leguas a la redonda. Y había metido con tanta fuerza la cabeza por el boquete, que ahora no podía sacarla con la facilidad que ella deseaba.

Para colmo de desgracia, en aquel instante pasaba por el camino el carro de los pescaderos, los cuales, confundiendo a la pobre Zorra con el Lobo que les había burlado, y aprovechando su difícil situación, le dieron una de palos que, a poco más, la dejan allí patitusa.

Entretanto, los señores de Lobo volvieron a reanudar la comida que tan "generosamente" estaba pagando por ellos en aquel instante la indefensa señora Zorra.

EL CASTILLO DESIERTO

I



ABIA una vez un rey que tenía dos hijos llamados príncipe Miguel y princesa Rosemunda.

Ambos vivieron muy felices hasta la muerte de su madre. Poco

después de ocurrirles esta desgracia, su padre, el rey, se casó de nuevo con una mujer muy mala, a quien no le gustaban los niños y que redujo a los pequeños príncipes a una situación verdaderamente miserable.

Un día la madrastra les gritó:

—¡Sois tan malos, que he decidido llevaros a un castillo desierto que se halla sobre una isla solitaria! Allí vuestros gritos y lágrimas no volverán a molestarme.

—Pero, seguramente—respondieron los príncipes—, nos dejaréis decir adiós a nuestro padre.

—Eso sí que no—respondió la madrastra.

Los príncipes se echaron a temblar. Rosemunda se cogió del brazo de su hermanito, como implorando protección.

El príncipe Miguel, comprendiendo, aunque de una manera confusa, que aquel gesto de su hermanita significaba: "¡Procura vencerla! ¡Sálvanos!", después de un gran esfuerzo de voluntad para dominar su terror, se atrevió a proferir estas palabras:

—Pero, ¿por qué no nos permitís que nos despidamos de nuestro padre?

La madrastra respondió, sin cuidarse siquiera de ocultar la horrenda crueldad de su alma:

—¡Porque no quiero que me suplique que no os envíe al castillo! ¡No, que que no os envíe al castillo! No tengo más que una palabra. ¡Es imposible la vida a vuestro lado!

Miguel y Rosemunda, comprendiendo que toda resistencia sería inútil, cayeron uno en brazos del otro, deshechos en lágrimas.

—¡Hermanito de mi alma!

—¡Hermanita de mi corazón!

La infame reina les ordenó:

—¡Se acabaron los lloriqueos! ¡Conque, seguidme!

Los condujo a la orilla del mar, cuyas rugientes olas lamían los cimientos del palacio, y en donde esperaba a los príncipes una pequeña embarcación, tripulada por dos hombres solamente.

—¡Embarcad!

Apenas entraron los príncipes en la ligera nave, la reina dió sus últimas órdenes a los dos tripulantes.

—Ya sabéis... al castillo de la Isla Desierta. Si durante la travesía os dan mucho que hacer los príncipes, deshacedos de ellos como podáis.

Pero seguramente vió una sombra de vacilación en los ojos de sus dos servidores, porque les increpó:

—¿Qué? ¿Seríais capaces de desobedecer mis órdenes?

El que había de llevar la dirección de la nave, respondió:

—No, Majestad... Es que... ¿cómo deshacernos de sus altezas en caso necesario?

—¿Cómo? ¡Pues arrojándoles al mar!

—¡Oh, Majestad!... se atrevió a balbucir el patrón.

Fué tanta la cólera que esta respuesta produjo a la desalmada reina, que el rostro se le contrajo en una mueca horripilante; de sus ojos parecían brotar todas las llamas del Infierno.

—¡Está bien! —gritó—. ¡No puede tener una confianza en los servidores más fieles! ¡Ya sufriréis mi castigo! Por lo pronto, embarcaré yo también, única forma, al parecer, de que mis órdenes se cumplan al pie de la letra. ¡Ea! ¡A bordo!

Subió la reina a la nave, e irguiéndose en la proa, exclamó extendiendo el brazo:

—¡Ay del que me desobedezca! ¡En marcha! ¡Al castillo de la isla desierta!

II

Cuando la madrastra volvió a embarcarse de vuelta al palacio, Miguel y Rosemunda, en lugar de seguir llorando, corrieron alegremente hasta la gran puerta de entrada, la abrieron con grandes esfuerzos y recorrieron todas las habitaciones y patios del castillo. A poco perdieron todo su ánimo y alegría, porque el castillo no podía ser más triste de lo que era y porque no veían por ninguna parte nada que llevarse a la boca, ni leña que encender para calentar un poco sus cuerpos ateridos.

—¡Tengo hambre y frío! —exclamó Rosemunda.

Su hermano la consoló como pudo, y, de pronto, lanzó un grito de alegría:

—¡Mira, Rosemunda! Algo brilla en aquel rincón. Debe ser la suerte que nos ampara.

Corrió hacia el rincón y cogió de él un objeto brillante.

—¿Qué es esto? ¡A ver, a ver! ¡Enseñámelo! —exclamó la princesita Rosemunda temblando de curiosidad.

—No sé decirte... Con esta oscuridad es imposible saberlo.

—¿Pesa mucho?

—No.

—¿Será un objeto de oro?

—¿Quién sabe!

—Vaya—suplicó Rosemunda un poco impaciente—. Salgamos afuera a la luz del día. Así veremos de una vez de lo que se trata. Además, estas tinieblas me horripilan.

—Nada ni nadie puede hacernos daño mientras seamos buenos—dijo orgullosamente el príncipe Miguel.

Salieron del castillo y se subieron a unas altas peñas, en donde el príncipe se entretuvo tocando la trompa, que resultó ser de plata.

Y entonces sucedió algo maravilloso: de las aguas del mar surgió una joven bellísima. Era un sirena, que les dijo dulcemente:

—Esa trompa tiene un poder mágico. Tocadla y vuestros deseos se harán realidad inmediatamente.

—Queremos algo que comer—exclamó el príncipe, y tocó la trompa.

—Ve a buscar lo que deseas en la

primera piedra de la derecha de la puerta del castillo—dijo la sirena.

Los príncipes corrieron hacia ella, y, en efecto, hallaron riquísimos pasteles y frutas con que saciar su hambre.

—Ahora deseo—dijo la princesa—que este feo castillo se convierta en un palacio hermoso y alegre.

El príncipe Miguel volvió a tocar, y vió con ojos de gozosa admiración, cómo el triste y viejo castillo se había convertido en lo que ellos deseaban.

—Pues ahora—dijo el príncipe Miguel—quiero que la sirena se convierta en una princesa muy linda y que viva con nosotros.

—Tu deseo se ha cumplido—dijo una voz dulcísima a su lado, apenas acabó de sonar la trompa—. Me llamo Perla Blanca, y un brujo me convirtió en sirena, porque me reía de él viendo que no pescaba nada a pesar de llevarse de pesca todo el día. Esta trompa es suya, pero vosotros, al encontrarla, habéis destruido todo el poder del brujo. Así, pues, seguid deseando y vuestra voluntad se hará realidad al instante.

—No somos ambiciosos—replió el príncipe Miguel—. Ahora sólo deseamos que nuestro viejo padre pueda encontrarnos.

Apenas había terminado de sonar la trompa, cuando apareció a lo lejos una hermosa nave, de la que, momentos después, descendía el rey.

Grande fué la sorpresa de los príncipes al oír decir a su padre que su perversa madrastra había perecido en el mar cuando volvía a palacio, después de dejar a los príncipes en la isla desierta.

Nadie arrojó una lágrima por aquella mala mujer, y el rey, encontrando el castillo convertido en un hermoso palacio, más grande y cómodo que el suyo propio, decidió quedarse a vivir en él.

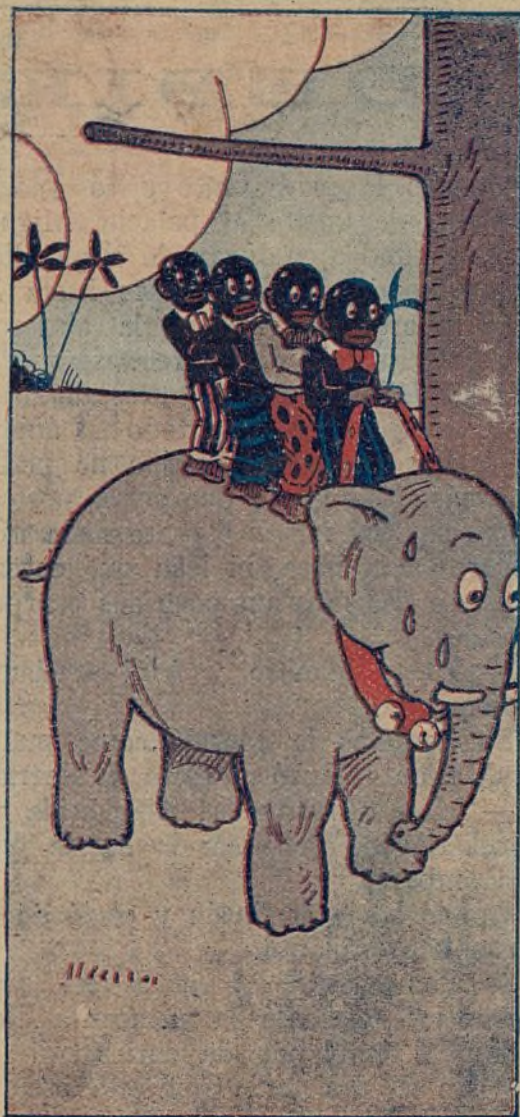
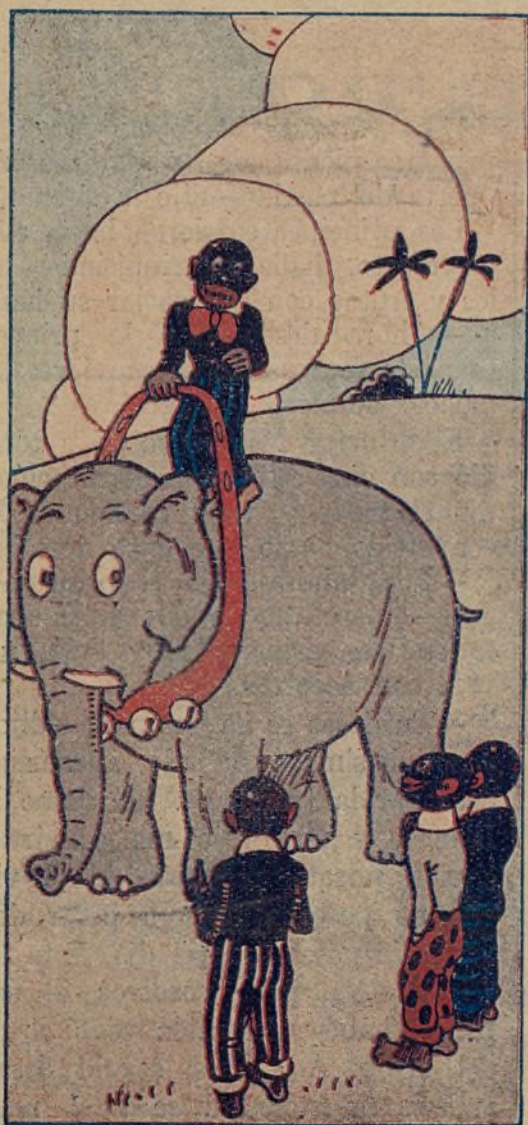
Cuando el príncipe Miguel se hizo hombre se casó con la hermosa princesa que había sido sirena en otro tiempo. Celebróse la boda con gran pompa y esplendor. Y todos vivieron felices durante muchos años.



UNA JUGARRETA.—Pompo ofreció un premio magnífico al primero de sus compañeros que alcanzase con el pie al sombrero.



Tony el tonto, quiso ganarse el premio, pero lo que se ganó fué un re-mojón que le prepararon sus amigos.



JUMBO Y SUS AMIGOS.—Jumbo, el buen elefante, paseaba una tarde con los cuatro hijos de su amo. Había un solazo terrible. Jumbo sudaba tinta. Pero llegó un momento en que el pobre, cansado, no pudo dar un paso más. —¡Se acabó lo que se daba—dijo a sus amiguitos. Y, siempre

bonachón, para que los negritos se divirtieran improvisó un columpio de la forma que veis. Y se echó a dormir al pie del árbol, sirviendo al mismo tiempo de trampolín... a fin de hacerse útil hasta en sueños.



¡ARRIBA EL LIMÓN!—Perico Cotufa rogó a su amigo Juanito Limón, que le dejase un ratito la hamaca. —¡No me muevo de aquí, porque no me da la gana!—respondió a Cotufa... Sin ver que doña Brígida, la bruja

del pueblo, para castigarle, tocaba con su varita mágica uno de los postes de la hamaca... Y hacía de ésta un chisme mucho más alto que la Giralda, que, a su lado, resultaba algo así como un liliputiense de circo.